Asclepio, vol. 45, nº 2 (1993)

E S T U D I O S

LA PRACTICA DE LA VARIOLIZACION EN ESPAÑA

Paula de Demerson

«Il n'y a pas d'exempts de la petite vérole
que ceux qui ne vivent pas assez
pour l'attendre»
(La Condamine).

Introducción

Hasta mediados del siglo XVIII, únicamente la cuarta parte del género humano no contraía las viruelas en su vida. Las otras tres cuartas partes estaban condenadas a padecerlas. Eran el primer factor de mortalidad. Altamente contagiosa, aquella dolencia segaba a familias enteras, se encarnizaba en la población infantil y reaparecía pérfida o repentinamente acá o acullá, sembrando siempre el terror...

En Europa, poblada entonces por 150 millones de habitantes, habían perecido en un cuarto de siglo 15 millones de personas de viruelas. Aquella enfermedad implacable se reputaba inevitable: era un tributo cruel impuesto a la humanidad indefensa. «El Herodes de los niños», «Neroniano destructor», «Angel exterminador», «plaga mortífera», «veneno pestilente», «hidra voraz», tales eran unos de los epítetos con que el vulgo la definía. En las grandes urbes europeas, la viruela producía un promedio anual de 400.000 defunciones.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

Desde épocas remotísimas, aquel azote endémico que revestía formas de epidemias o pandemias, causaba horrendos estragos en Asia y Africa. Según ciertos expertos, la cabeza momificada de Ramsés V, fallecido hacia el año 1160 antes de J.C., presenta lesiones características de la enfermedad. Los griegos y los romanos no dejaron constancia de ella, pero es curioso que los romanos no la hayan conocido por la comunicación que tenían con Egipto. Gardanne, médico francés del siglo XVIII, es de parecer que los antiguos se enfrentaron con ella y afirma que existen indicios de ella en las obras de Hipócrates. Puede que la peste de Atenas que asoló el mundo griego en el año 430 antes de J.C. fuese una pandemia de viruelas atípicas. Tucidides aludirá más tarde a aquel trágico episodio e informará que a partir de aquella fecha, se instauró en Atenas el culto a Asclepio. El Dr. Rullière, en su *Compendio de la historia de la medicina* (1), proporciona unos datos reveladores de la antigüedad del azote: año 49 después de J.C., epidemia en China; año 312: epidemia en el imperio romano; año 325: tratado chino de Ko Kong en el que describe las viruelas; año 581: epidemia en Francia relatada por Gregorio de Tours; año 608: Ahron (Al-Quis), monje y poeta sirio, evoca las viruelas en su *Pandectas*.

A fines del siglo VII, la enfermedad embistió a los árabes y éstos, la propagaron por España en gran escala. Luego, la pestilencia ganó toda Europa, diseminada también por el terreno propicio que ofrecían las Cruzadas en Tierra Santa.

Los primeros que describieron con nitidez las viruelas fueron dos médicos árabes del siglo X, Rhazes y Avicena. Afirmaron, como más tarde sus colegas Avenzoar y Averroes, que nadie estaba exento de pasar las viruelas en el transcurso de una vida de duración normal.

Esta actitud de aceptación y fatalismo frente a las embestidas de la plaga mortífera perduró a lo largo de los siglos. La opinión común —hasta compartida por médicos famosos— era que existía en cada individuo, desde su nacimiento, una semilla variolosa invisible, imputable a la impureza de la sangre menstrual de la madre, detenida en el útero durante la preñez. Dicha semilla quedaba dormida y oculta en el organismo hasta que, en un momento indeterminado se animaba e invadía el cuerpo entero. Unos pensaban que aquel germen nefasto tenía su sede en la sangre contenida en el cordón umbilical y por eso, recomendaban exprimirla cuidadosamente antes de hacer la ligadura. Otros, localizaban el virus en la médula espinal o en las cápsulas atrabilirias... Para la mayoría de la gente, las viruelas eran una mancha fisiológica que traían en sí todos los

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

seres humanos, así como en lo espiritual, llevaban la mancha del pecado original.

Boerhaave desterró aquellas falsas, arbitrarias y ridículas opiniones y asentó que las viruelas eran una enfermedad, a menudo mortal, causada por un agente externo y contagiosa como la peste o el gálico. Confiaba en que un día se descubriría un remedio capaz de contrarrestar sus furiosos ataques y él mismo se afanó en buscar un antídoto eficaz a base de mercurio y antimonio. Pero en vano.

Los médicos españoles del siglo XVIII distinguían trece especies de viruelas. Las más frecuentemente señaladas eran: las *confluentes*, infinitas en número, malignas, muy pequeñas y casi planas, las *discretas* (vulgo *locas*), también peligrosas, mayores de cuerpo, pocas en número y espaciadas, las *bastardas* o *espúreas* que revestían formas anómalas, las *benignas* y la *viruela volante* (confundida con la varicela).

Las confluentes, particularmente temibles, provocaban un trastorno general de la economía del organismo, se acompañaban de alta calentura, horripilaciones, petequias, espasmos, cursos, vómitos, hemorragias y en unos días, podían convertir un cuerpo sano en una total putrefacción.

En el principio de la dolencia, recomendaban los médicos para sus pacientes las bebidas refrescantes, el agua emetizada, el agua de saúco con espíritu de nitro dulce o ácido sulfúrico y en caso de sobrevenir convulsiones, los narcóticos. El alcanfor se reputaba provechoso para frenar la degeneración pútrida y aumentar la transpiración. Cuando se manifestaba una tendencia a la gangrena, se recurría a la quina, a la serpentaria (2), a los vejigatorios y sinapismos. La ipecacuana (3) en dosis nauseabunda también resultaba muy útil en toda la carrera del mal. Para evitar o paliar la deformidad que las viruelas solían ocasionar en el rostro, los médicos intentaban desviar la materia variolosa hacia otras partes del cuerpo, mediante sangrías, baños, ventosas, irritaciones mecánicas y sinapismos en la planta de los pies. Era un tratamiento muy pesado para el enfermo. Durante el tercer período de la dolencia, convenía impedir que se rascase el virolento y le metían los brazos en cilindros de cartón, aliviando el escozor de la cara con un manejo suave de plumas. El mejor modo de evitar los hoyos que dejaban las postillas de gran supuración era abrirlas cuando estaban maduras.

Muy pocos virolentos sanaban. Los que lograban salvarse de aquella mortífera pestilencia conservaban horribles estigmas: cara picada, párpados vueltos, labios monstruosos, nariz medio roída, pérdida de la lengua a veces... Unos se quedaban ciegos o tuertos, otros sordos, otros muchos pa-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

ralíticos, mutilados e inútiles para el resto de su vida, hasta dementes. La juventud veía destruidas definitivamente sus gracias y belleza, perdidas sus esperanzas de colocación, en medio de familias consternadas por el drama (4).

El bien nombrado siglo de las Luces vino a echar rayos de esperanza en aquel panorama desolador, con el descubrimiento en Europa de un procedimiento muy antiguamente difundido en Oriente: la variolización o inoculación, plantación, inserción de las viruelas (5). Recordemos someramente unas fechas, por cierto conocidas, 1715: dos italianos, Emanuelle Timoni, médico del sultán de Constantinopla y Giacomo Pilarini, médico y cónsul veneciano en Esmirna, publican sendas obras en favor de la inoculación y dan parte a la Real Sociedad de Londres de sus observaciones y de sus primeros ensayos. La obra de Timoni, *Historia variolarum quae per insitionem excitantur*, publicada en Constantinopla en 1713, es un vibrante alegato en pro de la inoculación que practican las mujeres circasianas, a menudo elegidas en los harenes, para conservar su hermosura. Pilarini en su *Nova et tuta variolas excitandi per transplantationem methodus*, publicada en Venecia en 1715, relata que variolizó a tres niños en 1701 con éxito. Ambos médicos italianos son los primeros en llamar la atención de los médicos europeos sobre esta nueva profilaxis. Pero nadie les hace caso. 1721: la verdadera introductora del procedimiento fue la esposa del embajador inglés en Constantinopla, lady María Worthley Montague. Tras haber hecho inocular en 1718 a su hijo por una mujer turca que se vanagloriaba de haber inoculado a 40.000 niños, dio a conocer su método en Inglaterra. El médico Maitland efectuó las primeras experiencias en unos niños y seis reos condenados a muerte.

A partir de aquella fecha, Inglaterra se coloca en primera fila, dando a Europa la señal de un cambio radical de defensa frente al enemigo común. Urge neutralizar los horribles estragos de las viruelas que arrebatan tantas vidas humanas y arruinan las naciones. Por su culpa, en Islandia, de 57.000 habitantes acometidos en 1707, han perecido 1.800. La grave epidemia de viruelas de 1719 en París, provoca la muerte de 14.000 personas y cuatro años después, otra embestida del azote, mata, según Voltaire, a 20.000 más. En Alemania, antes de 1721, en cada año de viruelas, sucumben 70.000 individuos.

La novedad traída por Lady Montague despierta gran interés en Inglaterra y su aplicación progresa rápidamente. Ya en 1723, unos niños de la Casa Real y de familias aristocráticas han sido inoculados así como unos 400 niños de las cercanías de Londres, desgraciándose 9 de

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

ellos. En 1728, se inicia una campaña de variolización en la población londinense.

La inoculación de las viruelas y sus métodos

Antes de analizar cómo se adoptó y se difundió la variolización en España, veamos en qué condiciones se practicaba.

Esta medida preventiva destinada a evitar el contagio de las viruelas naturales, consistía en provocar viruelas artificiales en una persona sana. Se recogía una gota de linfa variólica de un enfermo y se la aplicaba mediante ligeras picaduras en el brazo o pierna de la persona sana. Se desarrollaba el proceso de la enfermedad, pero en forma atenuada y no peligrosa.

En Grecia y Turquía, la operación se practicaba con una aguja triangular y se ataba una cáscara de nuez encima de la parte dañada. El método chino era distinto: se introducían en las fosas nasales hilas impregnadas en costras variolosas recogidas el año anterior y conservadas con hierbas medicinales y almizcle en cajas de porcelana selladas con cera (5). Los georgianos rascaban levemente varios puntos de la piel con agujas y las frotaban con hilas preparadas en un pus viejo de un año. Los brahmines de la India humedecían las hilas en el agua del Ganges antes de aplicarlas.

En Europa, se usaba la lanceta mojada en la materia que rezumaba de las postillas y se hacía una ligera incisión en el brazo. Ciertos inoculadores, queriendo impresionar a los que presenciaban la operación, hacían en brazos y muslos verdaderas sajaduras que a menudo degeneraban en llagas y úlceras. Los ingleses preferían hacer la picadura en la mano para evitar estas complicaciones y otros, como el célebre inoculador italiano Gatti (6), rechazaban la lanceta y sólo usaban una aguja con que practicaban un rasguño entre el dedo pulgar y el índice. Kirpatrick en su *Tratado de la inoculación* decía que bastaba frotar la llaguita con un lienzo impregnado del virus variólico para lograr el resultado esperado. Inocular con una aguja era un método más sencillo y ventajoso, porque, para manejar la lanceta, la presencia de un cirujano era imprescindible, mientras que bastaba la presencia de la madre del niño o de un pariente cuando se usaba la aguja. Hasta podía la propia madre inocular a su hijo, raspando su mano con la aguja, so pretexto de escribirle en la palma una letra o un guarismo y sin asustarle.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

Existían aún métodos más elementales: un alfiler, un mondadientes cargados de pus o la uña podían suplir la lanceta para escarificar levemente la epidermis. Resultaba pues una operación sumamente fácil. La gente del campo, las amas de cría y hasta las personas más torpes la podían ejecutar en todos tiempos y lugares.

Lo importante era la elección del niño de quien se tomaban las viruelas naturales. Había de estar exento de sarna, escorbuto, tiña, sarpullido, costras, lamparones y «otros vicios de la masa de los humores». Se recomendaba no inocular a las mujeres embarazadas por razones obvias ni los mamones, ni tampoco los niños en tiempos de dentición (de siete meses a los tres años) o atacados de lúes venérea. Sin embargo, no siempre se respetaron estas reglas.

Unos inoculadores eran partidarios de una preparación anterior a la transplantación, otros la juzgaban inútil. La mayoría de los inoculandos eran niños y niñas de diversa edad. Para los de mala salud, ciertas medidas precautorias se recomendaban. A los que tenían lombrices, prescribían los médicos por tres días consecutivos una píldora que mezclaba mercurio dulce, ojos de cangrejos y polvos de jalapa, todo incorporado en suficiente cantidad de conserva de rosas y encima, una taza de agua azucarada. Los pletóricos con propensión a echar sangre por la nariz y padecer dolores de cabeza, habían de sangrarse. Los que tenían el estómago cargado se purgaban con agua de ruibarbo y observaban una dieta vegetal a base de verduras, farináceos y frutas maduras. A los que padecían erupciones cutáneas benignas (granos, picazón...), se les daba suero a todo pasto y agua de cebada mezclada con la mitad de leche y dos veces al día tomaban baños tibios.

Ya inoculadas, las viruelas artificiales se manifestaban al onceno día, la fiebre acompañada de cierto malestar al séptimo u octavo día. Salía un número muy corto de granos (no pasaban de ochenta y se daban casos en que los inoculados no tenían más de dos o tres). Durante la enfermedad que terminaba en doce días por lo regular, el régimen alimenticio de los inoculados era el siguiente: sopas ligeras, peras asadas, uvas, almíbares de guindas y cerezas, chocolate delgado, agua fría con algo de vino. Podían no guardar cama y andar al aire libre. Cuando ya estaban secas las viruelas, la cura se completaba con unos purgantes acomodados a la edad, fuerzas y temperamento de cada paciente.

En resumidas cuentas, las viruelas artificiales producían pocas postillas y sin ninguna mala resulta. Menos en casos excepcionales, inmunizaban definitivamente de las viruelas naturales. Las estaciones más propi-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

cias para la variolización eran la primavera y el otoño, períodos temibles en que reinaban las epidemias.

☆
☆ ☆

Menos en Inglaterra y en ciertos puntos aislados, la novedad de la variolización no despertó en Europa el entusiasmo esperado. Suscitó por cierto curiosidad, pero también muchos reparos. Chocó con varios obstáculos mayores que frenaron considerablemente su aplicación. ¿Era lícita la operación? fue la primera cuestión que levantó las pasiones. Unos teólogos y médicos clamaron inmediatamente su indignación. Para ellos, usar de ciertos medios para protegerse de las viruelas era oponerse a las leyes y designios del Creador. El médico Rowley calificaba de pecaminoso el intento de contrarrestar los efectos de la viruela, pues equivalía a resistir las disposiciones divinas. La inoculación, sentenciaba el Dr. De Haen, de la célebre Escuela de Viena y médico de la Emperatriz Reina de Austria, era un fraude, contravenía a los derechos de la providencia divina y los seres humanos debían «pagar el tributo». Hubo unos eclesiásticos que, amenazando de denuncia a los partidarios de la inoculación e insinuando que eran indignos de la absolución los que la fomentaban, procuraron con estúpidos vaticinios atemorizar a las poblaciones crédulas e impedir el desarrollo de las campañas de variolización. Los argumentos de muchos médicos opuestos a la práctica eran más sensatos y dignos de grave reflexión. Según ellos, transmitir voluntariamente una enfermedad a un cuerpo sano, era un absurdo. Contradecía la deontología médica definida por Hipócrates: un médico tenía la misión de curar. Violentar la naturaleza cuando nada dolía, introducir en un organismo en perfecta salud un enemigo cruel, cuando a lo mejor hubiera escapado del peligro que le amenazaba, era un proceder chocante y censurable. Pretender que era lícito hacer un mal para lograr un bien, tampoco era defendible, ya que se trataba de un mal dudoso e incierto que no acometía a todos. Además, muchos médicos no estaban convencidos de la completa eficacia de la variolización, si no, decían, se hubiera adoptado en todas partes desde hacía siglos. En efecto, en los primeros años de su aplicación, hubo que lamentar algunas defunciones entre los inoculados.

Todas estas cuestiones teológicas y éticas dividieron las opiniones hasta mediados del siglo XVIII. Por su parte, los pueblos manifestaban mucha aprensión y repulsa ante la novedad. Por espíritu rutinario y fatalismo

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

primero. En sus tribulaciones se encomendaban a Dios y le dejaban determinar su propio destino, así como lo habían hecho sus padres y antepasados. Estaban acostumbrados a encararse con la muerte. Pero, por otra parte, dejar infligir a sus retoños el germen de una enfermedad tan horrenda y asquerosa, les parecía inaceptable y conservaban siempre viva en los corazones la esperanza de que sus hijos fuesen de los privilegiados o elegidos que saliesen indemnes de las embestidas del azote, como los había en efecto alrededor suyo en familias amigas o vecinas. Además, la novedad inspiraba poca confianza por proceder de Oriente y muchos la juzgaban arriesgada. En medio de tantas vacilaciones y dudas, las viruelas proseguían su marcha fatal, sembrando por doquier terror y desolación.

Los años 1767-68 marcan un viraje importante en la historia de la inoculación de las viruelas en Europa. Después de años de letargo, de operaciones esporádicas acá y acullá, de tanteos y trabas, de vicisitudes (no olvidemos la guerra que Inglaterra declaró a España y Francia en 1760 y que trajo preocupaciones aún más imperiosas), avanzan las campañas de variolización por todas partes. Varios factores pueden explicar aquel cambio de actitud: dramas ocurridos por culpa de la odiosa enfermedad en las familias reales de varios Estados que provocan una reacción de autodefensa, toma de conciencia de la utilidad de esta medida precautoria ante epidemias particularmente devastadoras, influencia decisiva de los defensores y promotores de la inoculación por sus escritos y sus numerosas experiencias coronadas de éxito.

En aquellas fechas, han conseguido una primera victoria los adeptos de la variolización. Gran Bretaña conserva su liderazgo e inicia sus campañas unos diez años antes que sus vecinas. La fama de sus inoculadores trasciende a las demás naciones europeas que adoptan sus métodos o para mayor seguridad, los atraen a sus dominios. A lo largo del siglo, los antiinoculadores no dejarán de luchar y de denunciar —no sin razón— los nuevos peligros y perjuicios derivados del uso, a menudo incoherente, de aquella profilaxis.

Panorama de los progresos de la variolización en España

Este panorama dista mucho de ser exhaustivo. Sólo presenta, ordenadas cronológicamente, las informaciones que he podido reunir, sea en archivos o en la prensa, sea en obras de distintos autores para entender cómo España reaccionó al anuncio de la novedad venida de Oriente y en qué medida adoptó aquel tipo de profilaxis.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

Este estudio se dividirá en tres partes que corresponden a tres épocas de la variolización en la península.

1. *Progresos de la variolización de 1728 a 1784*

En su estudio *La inoculación y la vacunación antivariólica en España* (7), Rumeu de Armas señala que se conocían las viruelas en Galicia, bajo el nombre de *Boa*. En cuanto a la inoculación, el Padre Sarmiento, fraile benedictino asesor y consejero del Padre Feijoo, afirmó que desde tiempo inmemorial, la usaban los aldeanos de Lugo, aprendida de los celtas, godos o galos.

Según fuentes históricas, el precursor de la inoculación de las viruelas, fue D. Mariano Victoria, cirujano de Riaza (Segovia) que ya la instauró en 1728, ayudado por su alumno Miguel Herranz. Este probó el método primero en su hijo, luego en 180 personas. Ninguna falleció. También consta que en Jadraque (Guadalajara) el cirujano del pueblo, D. José Sánchez de Caseda, empezó a ponerla en práctica por los años 1730-1733 (8). A raíz de aquellos primeros ensayos, se abre un bache grande de unos treinta años antes de que se vuelva a hablar de semejantes experiencias en España. Desde un principio, manifestaron su oposición radical a la «novedad» dos médicos de Carlos III, D. Antonio Pérez de Escobar y D. Joseph Amar.

1733 En su *Teatro Crítico* (Discurso 11, párrafo 74), Feijoo (que copia la información de las *Memorias* de Trévoux), alude a la variolización en el sur de la provincia de Gales. «Comprar las viruelas» era la locución usada, porque se pagaba algo al doliente que «vendía» sus postillas.

1763 Publicación en Cádiz de la *Disertación erudita sobre la seguridad de la práctica de la inoculación* por el Dr. Juan Spallarosa, médico del Real Hospital de Cádiz.

- *Vique* y pueblos vecinos. Epidemia, El Dr. José Pasqual decide inocular.

1765 *Tobarra* (Albacete). Epidemia. El Dr. Antonio Capdevila instaura la inoculación.

- (18 de julio). El Infante D. Felipe, duque de Parma, muere de viruelas, acometido por segunda vez, en Alejandría. Era el hijo primogénito de Felipe V e Isabel Farnesio y el padre de María Luisa, Princesa de Asturias.

1766 *Riaza y su provincia*. Grave epidemia de viruelas. El Dr. Roque Lagorda, médico titular de la villa, promueve la inoculación y la ejecuta primero en dos hijos suyos para persuadir y animar a los habitantes. Inocula a 50 niños y niñas de 5 a 6 años de edad. Sólo falleció un niño al cuarto día, en quien coincidieron las viruelas naturales con la inoculación. Cundiendo la epidemia, se hicieron inocular más de 500 personas de todas edades que acudie-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

ron de los contornos. En julio del mismo año, hizo la operación en 72 vecinos de Río Frío, muchos de ellos adultos. Todos sanaron.

1768 Publicación en Madrid de la *Disertación physico-médica en la que, con la razón, autoridad y experiencia, se demuestra la utilidad y seguridad de la inoculación de las viruelas y sus ventajas*, del Dr. Juan Spallarosa, compuesta en toscano y traducida al castellano (Imprenta Manuel Martín).

- *Majadelrayo* anejo del lugar de Campillo de Ranas (Guadalajara). Epidemia mortífera. El Dr. Manuel Serrano y varios practicantes inoculan en espacio de tres días a 1.004 personas. En Campillo de Ranas, el azote reviste extraordinaria violencia (80 defunciones) (9).

1769 Publicación en Madrid de dos escritos del Dr. Francisco Rubio, médico de Familia de S.M.: *Disertación sobre la inoculación de las viruelas* y *Disertación curiosa para fomentar el remedio de la inoculación*. En virtud de la cual, se empezó a adoptar el mismo año en la *sierra de Buitrago*. Allí, se inocularon 249 criaturas sin que se desgraciase ninguna. En el espacio de dos años, el Dr. Serrano inoculó a más de 3.000 niños.

- *Callosa de Ensarrià* (reino de Valencia). Transplantación de las viruelas en seis niños y niñas por los cirujanos de la villa, D. Joseph Botella y D. Juan Plana.

- *Lequeitio*. Fuerte epidemia. El médico de la villa, D. Joseph Luzuriaga, redacta una *Memoria* que relata lo acaecido y la dedica a la Real Sociedad Bascongada. Define las viruelas como un animal rabioso que circula de provincia en provincia, embistiendo a casi todos sus naturales, difundiendo su veneno por todas partes y dando muerte inevitable por lo menos a una octava parte de los que se inficionan. Todas las medidas de Policía y medicina resultan, dice, inútiles. «El sólo antídoto descubierto es la inoculación, preservativo seguro, permitido y aún autorizado por la religión (10)»
  Por encargo de la Sociedad Bascongada, hace unos primeros ensayos en Vizcaya, Guipúzcoa y Alava.

1770 *Vitoria* (16-21-IX). Juntas generales de la Real Sociedad Bascongada. Se lee un discurso sobre la inoculación de viruelas según el método de Gatti y el *Diario* de lo observado por J. Luzuriaga, socio Profesor.

- *Lequeitio es la primera villa del señorío de Vizcaya en que va progresando la inoculación.*

1771 *Carta del Dr. Luzuriaga* a un corresponsal desconocido, fechada en 6 de febrero. Alude a los 3.000 niños inoculados en la sierra de Buitrago sin haberse desgraciado siquiera uno y prosigue: «... Los médicos como Vd quiere son pocos»... Censura a ciertos médicos «de mucha campanilla y bien barnizados de doctores... cuyo saber se reduce a prosopopeya y fachendería con la

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

que ocultan su ignorancia a los topos, que éstos son infinitos en la Corte» (11).

- (6 de abril). La Familia Real se traslada al Sitio de Aranjuez. El Infante D. Francisco Xavier, hijo de Carlos III y hermano del Rey de Nápoles, se siente indispuesto y se echa en cama. A pocos días, las viruelas se declaran. El Dr. Andrés Piquer le asiste. Los síntomas en un principio regulares se van agravando. El día 10, sucumbe. Tenía 14 años de edad y era un mozo de índole feliz y luces despejadas. Pérdida sensible y luto en la Corte.

- *La Coruña y sus contornos*. El Dr. Timoteo O'Scanlan, primer médico del departamento de Marina del Ferrol, considerando la utilidad, seguridad y suavidad de las viruelas artificiales, introduce la *variolización en Galicia*. En La Coruña, inocula a 115 niños, entre ellos el hijo del Virrey de Santa Fe, D. Manuel de Florez, del Intendente General de Galicia D. Joseph Antonio de Armona, de seis oidores de su Real Audiencia, un hijo suyo de cinco meses y otros de oficiales, caballeros y comerciantes. Exito total (12).

- *Lequeitio*. Epidemia de viruelas. Los cirujanos hermanos Juan y Ramón Zabala practican la inoculación.

- *Bilbao* (16-21-IX). Juntas generales anuas de la Real Sociedad Bascongada. Lectura de una colección de observaciones sobre la inoculación de las viruelas según el método de Gatti en las tres provincias, desde el mes de agosto. El balance asciende a 1.226 inoculados. Sólo falleció un niño (hijo del Dr. Luzuriaga) a quien se le hizo la inserción cuando le salían los dientes, por miedo a la epidemia maligna que corría entonces.

1772 (22 de abril). La Corte pasa al Real Sitio de Aranjuez. El Infante D. Antonio se queda en Palacio por hallarse enfermo de viruelas. Los síntomas son favorables. Se restablecerá.

- *Tarifa*. Empieza la variolización fomentada por el cirujano D, Gerónimo Ramos de la Plata.

1773 *Vigo* (1.° de marzo). D. Bartolomé Benítez Galvez, cirujano mayor del regimiento de infantería de Toledo, da principio a la inoculación según el método de Sutton (13). A mediados de agosto del mismo año, ya llegaban a 550 los inoculados de todas edades. Ninguna desgracia.

- *Callosa de Ensarriá* (reino de Valencia). Grave epidemia de viruelas. Los dos cirujanos de la villa repiten la operación de 1769 en 196 niños y niñas. Todos salen perfectamente curados. Gran parte de los contagiados perece.

1774 Publicación en Madrid del *Discurso sobre el fomento de la Industria popular* de Campomanes. En el capítulo VIII, se puede leer: «La inoculación que preserva tantos niños de ser víctimas de las viruelas y es un remedio tan probado como certero, facilitará el aumento de la población si llegamos a vencer

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

el terror pánico contra este remedio. Las Indias aún sufren mayor estrago de las viruelas y con todo, vivimos indolentes a la vista de un daño tan repetido y que con facilidad podemos atajar... Las viruelas es un mal de que pocos se libran, la inoculación está experimentada de todos tiempos en la China y ha probado en Europa, en Chile, Caracas y aún en España a quantos la han usado. ¿Qué disculpa podemos tener para no dar a la población tan importante auxilio?...».

- Publicación en Madrid (Ibarra) de la *Instrucción curativa de las viruelas* por el Dr. Joseph Amar, protomédico y médico de Cámara de S.M. Dedicada a la Serenísima Princesa de Asturias, con un aditamento sobre el sarampión. El autor es enemigo de la inoculación.

- Publicación en Madrid de la *Carta histórica-médica* en favor de la inoculación, compuesta por D. Manuel Rubín de Celis y dirigida a un amigo suyo.

1775 *Utiel* (provincia de Cuenca). Violenta epidemia de viruelas confluentes. Muchos niños y muchachos fallecen.

1776 *Riaza*. Epidemia mortífera en junio. El Dr. Roque Lagorda sigue inoculando y merced a su loable celo, *la variolización se va extendiendo en el centro de Castilla*. En junio, practicó la operación en más de 300 párvulos de su lugar, amen de 50 en Encinas y 10 en Sepúlveda. Tres cirujanos del partido, D. Bernardo Cabia, D. Manuel Sanz y D. Gregorio García, émulos del expresado Profesor, inocularon en sus pueblos respectivos a 70, 74 y 100 adultos y muchachos. Todos sanaron, mientras que las viruelas naturales causaban lamentables estragos.

- Varios facultativos difunden la variolización en varias partes del reino, entre ellos el Dr. Miguel Gormán, médico del regimiento de Hibernia, quien la aprendió con el famoso inoculador Sutton.

- *Vergara* (15 de septiembre). Asamblea general de la Real Sociedad Bascongada. Lectura del socio D. Antonio de Santo Domingo, vicario de Arcos de Navarra, sobre la inoculación de viruelas experimentada en un rebaño de 1.200 carneros sin haber peligrado una sola res.

1777 Publicación en Barcelona del tratado *La inoculación presentada a los sabios* (14), por el Dr. Francisco Salvá y Campillo (15) uno de los primeros inoculadores barceloneses y más tarde, defensor de la vacuna. Rebatió con valentía y sensatez las objeciones del insigne Haen, de la célebre escuela de Viena, médico de S.M. Imperial en «*Respuesta a la primera pieza que publicó contra la inoculación Antonio de Haen*» (Barcelona, Francisco Rivas, 1777, 4.°).

- *Lequeitio*. Nueva epidemia. Los cirujanos D. Juan y D. Ramón Zabala practican la variolización.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

- *Elgoibar* (Guipúzcoa). Epidemia mortífera. El Dr. Francisco Planzón relata en una carta fechada en 20 de julio de 1784 a un amigo médico que le interroga sobre la inoculación, que hasta la epidemia de 1777, se había quedado perplejo sobre la eficacia de aquel preservativo, pero ante la crueldad del azote, decidió aplicarlo. Inoculó primero a un niño suyo con éxito. Las madres entonces se animaron y pudo inocular a 67 criaturas. Ninguna se desgració. En total, se inocularon más de cien niños, unos por cirujanos, otros por sus propios padres que perdieron miedo a la operación (16).

1778 *Tolosa*. Fuerte epidemia que embiste a más de 368 personas provocando la muerte de 86 de ellas. Tres que habían tomado la precaución de inocularse, se han salido con facilidad.

- *Montenegro de Cameros* (arzobispado de Burgos). Fuerte epidemia que se declara en septiembre. D. Bernardo Isla y D. Pascual García, médico y cirujano titulares de la villa, inoculan a más de 170 individuos desde niños de pecho hasta la edad de 46 años. Hacen otro tanto con 150 en el pueblo de Villoslada. Todas las viruelas artificiales revistieron un carácter benigno.

1779 *Madrid* (abril). Lectura en la Real Academia médica del discurso del Dr. Timoteo O'Scanlan sobre la utilidad, seguridad y suavidad de la inoculación.

- *Salvatierra* (provincia de Alava). Epidemia. El Dr. Alejandro de Lora, cirujano de Amarita, inocula a 53 personas y otras más en ocho lugares de la provincia. Ninguna desgracia.

1780 La Princesa de Asturias tiene viruelas declaradas el 11 de septiembre. Son viruelas legítimas, discretas y benignas. La Infanta doña Carlota Joaquina se contagia a su vez. Sus viruelas salen benignas como las de su madre. Ambas sanarán.

1782 *Buitrago de la Sierra*. Epidemia destructora. D. Manuel Maderuela, cirujano de la villa de Cardoso, inocula a 96 personas sin que ninguna se malogre. En marzo, en el lugar de Braojos, hace la operación en 81 vecinos de todas clases y edades. En abril, la repite en otros 70 en el lugar de la Serna. Todos se reponen perfectamente, menos dos criaturas que fallecen por haberles dado vino, contraviniendo a lo que tenía mandado (17).

1783 *Elgoibar*. Nuevo brote de epidemia. Se inocularon muchas criaturas (en Munquía, fueron 161). Todas se libertaron .

- *Cuenca*. (abril). Epidemia. D. Manuel de la Plaza, cirujano titular de la villa de Peralveche inocula a 36 párvulos, empezando por dos hijos suyos para desvanecer el miedo y la preocupación de ciertos vecinos. Cuatro adultos, sin el menor método ni arte, se inoculan entre sí, cisurándose con un alfiler en la parte anterior de la muñeca. En todos los inoculados, sale una erup-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

ción leve. Ninguno guarda cama ni se protege del frío. Todos salen ilesos y nada desfigurados (18).

1784 Primera edición en Madrid de la *Disertación física médica sobre viruelas* del Dr. Francisco Gil, cirujano de la Real Familia y del Real Sitio y Monasterio de San Lorenzo. Por orden de Carlos III, se mandaron 4.000 ejemplares a ambas Américas que se agotaron rápidamente. Varias ciudades de aquellos dominios pidieron por medio del Supremo Consejo de Indias nueva remesa de ejemplares. Esta obrita, leída 18 años antes (1766) en la Real Academia Médica de Madrid había suscitado general aprobación y merecido a su autor el honor de figurar entre sus miembros. Insiste el Dr. Gil sobre la naturaleza «extranjera» de la enfermedad y su gran contagiosidad. Es hostil a la inoculación que, a su parecer, es el arte de propagar y perpetuar eternamente esta plaga y persuade que en pocos años se podría extinguir el azote, aislando inmediatamente a los primeros enfermos y manteniéndolos alejados del foco pestilencial, en una ermita, por ejemplo, distante de la ciudad o del pueblo.

- Publicación en Madrid del *Ensayo apologético de la inoculación de las viruelas* del Dr. Timoteo O'Scanlan. Obra aprobada por el Tribunal del Protomedicato y la Real Academia de Medicina. Recoge en los 20 años anteriores o sea desde 1764, el número de 31.000 sujetos que se han beneficiado de la variolización en España.
- *Lequeitio*. Epidemia. Los hermanos Zabala siguen inoculando.
- *Plencia* (Vizcaya). Epidemia. El Dr. Juan de Goya, cirujano de la villa, no se atreve a empezar la variolización. Consulta al Reverendo Padre Añibarra, franciscano de Bilbao e insigne teólogo quien le contestó en una carta que no sólo era lícita la inoculación, sino que era aconsejable. Entonces, el cirujano resolvió ponerla en práctica e inoculó a 80 personas con todo acierto.
- *Ventrosa* (provincia de Soria y Arzobispado de Burgos). Octubre. Brote de epidemia. D. Manuel Llorente y D. Miguel de Argandona, médico y cirujano titulares de la villa, han inoculado desde principios de septiembre hasta 12 de octubre a 30 niños y niñas de 4 a 14 años de edad, con una ligera incisión en ambas pantorrillas. Tres docenas de viruelas de calidad muy benigna les salieron y pocas de ellas en la cara. Aplicaron el método dietético y curativo de los Sres. Rubio y O'Scanlan (19).

2. *Progresos de la variolización de 1785 a 1796*

1785 Publicación en Pamplona (José Longas, 4.°) del *Juicio y dictamen sobre el proceso de la inoculación, presentado al Tribunal de los sabios* por el Licenciado Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont y Montesa, Presbítero, Dr. en medi-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

cina, Profesor de Filosofía y Teología en las Universidades de Toledo, Alcalá y Valladolid. Demuestra la inutilidad y aún perjuicio que del uso de la inoculación se sigue.

- *Rivadeo* (provincia de Lugo). A principios de año, surge una epidemia de viruelas que cunde rápidamente y causa funestos estragos. D. Andrés Rosendo Carro y D. Manuel Arroyo, médico y cirujano titulares, promueven la inoculación. Les costó trabajo convencer a los vecinos, pero con el ejemplo de algunas familias principales, se entusiasmó el vulgo. Sin preparación ni dieta alguna, las madres inocularon a sus hijos con agujas y alfileres. Exito total (20).

- *Puebla de Alcázar* (Extremadura). Epidemia de viruelas confluyentes y malignas. D. Manuel García Carrasco, cirujano titular de la villa, practica los primeros ensayos de variolización en cuatro hijos suyos para desterrar el terror pánico del vulgo y en el espacio de unos meses, inocula a 200 niños desde la edad de dos meses hasta la de 12 años, sin la menor desgracia. Impidió así los progresos de la epidemia que cesó al cabo de tres meses, en abril. Usó el método O'Scanlan (21).

- *Montenegro de Cameros* (mayo). Grave epidemia en los lugares de Lumbreras, El Royo y Santa Inés. En poco más de veinte días, los doctores Isla y García inoculan las viruelas a 170 personas con pus traído de los lugares inficionados. Todas las pasaron felizmente, sin hacer cama ni conservar lesión alguna. Practican una ligera incisión en la pierna donde aplican las hilas preparadas (22).

- *Madrid*. D. Alfonso de Vergástegui, médico numerario de los Reales Ejércitos, titular de Orán, pero residente en aquel año en Madrid, desde marzo de 1785 hasta fines de junio, ha inoculado a 40 niños y niñas, desde la edad de 3 meses hasta la de 12 años, incluyendo a dos hijas suyas. Salieron viruelas discretas (unos 100 granos sólo) sin el más mínimo síntoma de cuidado. Un niño se desgració porque no le sacaron al aire libre y le arroparon demasiado en un cuarto cerrado. Este Profesor usó de la materia de los inoculados hasta la quinta generación de las viruelas artificiales. Sólo inoculó a tres con pus de las viruelas naturales. Quiere comprobar hasta cuántas generaciones es capaz dicho virus de conservar su virtud y eficacia (23).

- *Irún y Fuenterrabía* (junio). Reinan las viruelas. D. Josef de Ostolaza, médico titular de Irún y su hospital y D. Marcos de Alzate, cirujano de la misma, dan principio a la inoculación, cada uno con una hija suya. Se asocian unos vecinos para desterrar las aprensiones del público. Todos los inoculados salen indemnes. Entonces, nace el entusiasmo y las madres inoculan por sí mismas a sus retoños. En el transcurso de tres meses, 361 personas se inoculan desde la edad de 4 meses hasta la de 25 años. Ni siquiera uno se desgració. Se usó el método de Sutton (24).

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

- *Lérida, Cartagena, San Sebastián* y otras partes del reino. Embestidas de viruelas, pero *no se usa la inoculación.* En muchos sitios, se sigue aplicando la receta de Masdevall (mixtura antimonial, quina y opiata antifebril), para vencer la enfermedad. Los partidarios de la fórmula aseguran que «hace mil maravillas» y que sólo fallecieron aquellos que no quisieron tomar quina.
- Publicación en Manresa (Abadal, 4.º) de la *Memoria contra la inoculación de las viruelas* del Dr. D. Jayme Menós de Llena, Primer médico de los Reales Ejércitos de S.M. y socio de las Reales Academias de Medicina matritense y gaditana. Este autor fue uno de los más acérrimos detractores de la inoculación. Publicación en Barcelona de la *Carta del Dr. Francisco Salvá al Licenciado D. Vicente Ferrer Gorraíz,* réplica de Salvá al escrito denigrativo de Ferrer.

1786 Reimpresión de la *Disertación físico médica* del Dr. Francisco Gil. Esta segunda edición lleva en apéndice las reflexiones o críticas que hizo sobre este escrito el Dr. Francisco Xavier Eugenio de Santa Cruz y Espejo en la ciudad de Quito.

- Publicación en Santiago (Ignacio Aguayo) por O'Scanlan de *La inoculación vindicata* contra Gorraíz y Menós.
- Publicación en Sevilla de las *Memorias físicas y médicas sobre las viruelas, calenturas eruptivas y tercianas,* seguidas a las inundaciones de 1784 y 1785 y solución al problema de la inoculación por D. Sebastián Miguel Guerrero, médico de Sevilla y su socio patriótico.
- Publicación de una carta anónima con el título de *D. Gil Blas a D. Gil Blas* sobre la memoria de Jayme Menós de Llena, probando lo errado que anduvo en ella.
- Publicación por el Licenciado D. Vicente Ferrer, Historiador del Real Gabinete de Historia Natural de la *Composición, uso y virtudes del agua balsámica,* vulgo de brea, propuesta por el obispo de Cloyne, Jorge Berkeley, para precaver y curar las viruelas y otras muchas enfermedades.
- *Osuna.* La Real Sociedad Patriótica ofrece dos premios de 100 reales a los facultativos que hayan curado en 1786 mayor número de párvulos preservándolos de la malignidad de las viruelas por medio de la inoculación.
- *Bañolas* (Cataluña). Pueblo de 4.000 vecinos. Grave epidemia de viruelas confluentes empieza a últimos de febrero y durará más de un año. El Dr. Christóbal Thomás y Rosés usó sólo el emplasto de ranas mercurial de eficacia indubitable, según sus afirmaciones. Con dos adarmes de este emplasto terciado con suficiente cantidad de aceite de camomila, preparaba un linimento que aplicaba en los párpados y nariz antes de la erupción. Declaraba que jamás sus enfermos tuvieron un sólo grano en aquellas partes y por lo tanto no quedaron afeados. Sugería que se podría aplicar a la cara una máscara o tarántula de su emplasto para protegerla.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

1787 *Pedro Bernardo* (Diócesis de Avila). Violenta epidemia de viruelas se declara en agosto. El médico titular, D. Joseph Sánchez Gallardo, inocula a 223 personas con todo éxito. De viruelas naturales, perecen 35 y los que las padecieron y se salvaron conservan huellas indelebles y graves lesiones. Este Profesor fue el primero que ha dado a conocer tan saludable preservativo en la diócesis y ha fomentado su uso con el mayor celo y acierto (25).

1788 Triple tragedia en la Corte de Madrid. El martes 28 de octubre doña Mariana Victoria, esposa del infante D. Gabriel, da a luz un infante, Carlos Joseph. Te Deum, la Corte viste de gala, luminarias. Pero casi de inmediato, la alegría deja sitio a las mayores inquietudes. La Princesa enferma de viruelas y dos días después de dar a luz, es preciso administrarle el Santo Viático. Todos los recursos de la medicina se revelan incapaces de vencer el peligroso mal. El domingo 2 de noviembre, recibe la Extrema Unción y muere a las ocho y media de la noche. A su vez, el recién nacido está inficionado y fallece el día 9 en el Real Sitio de San Lorenzo. Ambos cadáveres se sepultan en el Panteón el día 10. El 14 de noviembre, la familia real con los infantes D. Carlos y D. Pedro y las infantas María Luisa y María Amalia regresan por precaución al Real Palacio de Madrid, ya que el infante D. Gabriel se ve también atacado de viruelas. En un principio, la enfermedad sigue su curso normal, pero las viruelas son muchas y confluentes. El día 18, recibe el Viático. El 21, empieza la supuración de las postillas y no ha sobrevenido ningún síntoma alarmante. Pero el 22, decaen las esperanzas y el estado del enfermo se va agravando. El infante otorga su disposición testamentaria, recibe la Extrema Unción y sucumbe el 25 de noviembre. Había asistido a su esposa con indecible ternura hasta los últimos trances. Consternación en la Corte y luto riguroso.

- El aya de los infantes, marquesa de Chasteler y el mayordomo mayor del infante D. Gabriel se contagian a su vez.
- *Madrid* (diciembre). Fallece Carlos III. Proclamación del nuevo Rey, Carlos IV.

Después de estos dramas, Carlos IV resuelve inocular a su familia, según el aviso de su primer médico de Cámara, Martínez Sobral. Pero de resultas de la operación, el Príncipe heredero cae gravemente enfermo, doña María Amalia, esposa del Infante D. Antonio Pasqual sufre una peligrosa oftalmía y la Infanta María Luisa está a punto de morir y queda desfigurada. Ante tal acumulación de fatalidades, Martínez Sobral, amargado y desesperado, sobrevive pocos días a estas duras semanas de sinsabores y fracasos.

1789 Publicación en Cádiz (Manuel Ximénez Carreño, en 4.° folleto, de unas 40 pp.) de *El mundo engañado por la inoculación de las viruelas* por D. Pedro Fernández de Castilla. El autor, siguiendo las huellas de Francisco Gil, Menós, Amar, Paulet en Francia y Antonio de Haen en Austria, se propone probar que no sólo no resulta utilidad alguna de la inoculación, sino que es perjudicial a la humanidad y a la sociedad.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

1790 *Arcos en Navarra* (noviembre). Se manifiesta una epidemia con funestos síntomas, que acarrea gran mortandad de niños. D. Francisco Benedicto y D. Tomás Lizaso, médico y cirujano de la villa, inoculan a sus hijos según el método O'Scanlan y persuaden a otros sujetos de primera clase acepten hacer lo mismo con los suyos. Muchos siguen el ejemplo. Hasta 173 personas se inocularon sin desgraciarse ninguna. Todo el pueblo se hubiera inoculado, pero la epidemia se cortó enteramente. De los que padecieron las viruelas naturales, pereció la quinta parte (26).

- *Ademuz* (reino de Valencia). Una epidemia de viruelas malignas reina en la capital y sus contornos y produce grandes estragos. El Comisario de Marina, D. Francisco Campuzano, hace inocular el 29 de diciembre a sus dos hijos únicos por el cirujano D. Joseph Pérez y Aparicio, según el método O'Scanlan. Al ver la operación coronada de éxito, el público se dejó convencer. El mismo cirujano inoculó en aquel pueblo y sus confinantes hasta 235 niños y niñas de distintas edades. De los 20 que tuvieron viruelas naturales, murieron 10. Entre los 10 que se salvaron, uno quedó ciego y los demás algo lisiados y desfigurados (27).

- *Granada. Hasta la fecha (1790) la inoculación no se practicaba.* Se declara una nueva epidemia particularmente mortífera. D. Antonio Francisco de Isasi, médico jubilado de los Reales Ejércitos, anima a que se ponga en uso. El primero que se convenció de la utilidad del preservativo fue D. Miguel Eugenio de Federico, quien entregó sus dos hijos mayores al aludido Profesor. Ambos chicos tuvieron viruelas muy benignas. Una hermanita de ocho meses se contagió, pero las pasó muy leves y con igual feliz terminación (28).

1791 *Lequeitio* (marzo). Brote violento de epidemia. El Dr. Juan de Baqueriza, médico titular inocula a tres hijos suyos, y algunos más de particulares. Por su parte D. Juan y D. Ramón Zabala, así como D. Joseph de Uscola, cirujanos de la villa y de la AnteIglesia de Ispaster, hacen la operación en 630 párvulos y muchachos del pueblo y sus alrededores (desde la edad de tres meses hasta la de 17 años), según el método O'Scanlan. Se desgració sólo una criatura. Entre ellos, se contaban muchos hijos de pescadores y labradores. En abril, la epidemia seguía y causaba muchas muertes (29).

- *Barbastro. El médico de la ciudad, Dr. Abad, ha sido el promotor e introductor de la inoculación en Aragón* (método O'Scanlan). Ha emprendido verdaderas campañas de variolización en todo el reino. Desde mayo de 1790 hasta mayo de 1791 ha inoculado a 511 personas de un mes y medio de edad hasta los 50 años. Sólo murió un hombre de 30 años que era tísico. Su campaña se desarrolló en los pueblos siguientes: Graus, Villa del Campo, Senz, Foradada, Viu, Navarri, San Victorín y Montañana (en este último lugar, fueron 231 los inoculados). En la villa de Perarrua y lugares agregados, se inocularon 215 personas, entre las cuales 160 menores de 14 años, los demás adultos hasta la edad de 73 años. En Rivagorza, por falta de médicos o cirujanos,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

los habitantes se encargaron de la operación ejecutada con alfileres y puntas de boj. Todo salió perfectamente.

La práctica de la variolización gana cada vez más terreno en Aragón. Además de los 726 inoculados, el Dr. Abad prosiguió su campaña en los siguientes lugares: Barasona, Exep, Panillo, Grustari, Fantova (90 inoculados), Secastilla, Portaspena, Barbastro, Graus, Pozan (109 inoculados). En total el número de inoculados ascendió a 424 y no ocurrió la menor desgracia. Atestiguaban los felices efectos de la variolización certificaciones autorizadas por el cura párroco, el alcalde, los médicos y cirujanos de los lugares visitados. Las campañas iniciadas por el Dr. Abad encontraron ecos favorables entre el cuerpo médico del reino. Es así como el Dr. de la villa de Naval, D. Joseph de Gracia y Garcés inoculó por su parte a 1.253 individuos en otros 17 pueblos aragoneses, según el método O'Scanlan, con total éxito. Los artesanos, labradores y pastores no interrumpieron sus respectivas tareas y los niños se inoculaban recíprocamente, como quien hace juego. De 202 personas acometidas al mismo tiempo de viruelas naturales, perecieron 35 y 7 quedaron ciegas. Los pueblos interesados fueron: Naval (215 inoculados), Suelves, Paul, Hoz (86 inoculados), Salinas de Hoz, Coscujuela de Fantova, Olson, Salas Altas (55), Grado (67), Calasanz (65), Peralta de la Sal (130 inoculados por su médico D. Mariano Tornes), San Esteban y pueblos inmediatos, Estadilla, Pertusa (108 inoculados por el Dr. Miguel Ciprés), Las Cellas (60), Arloz (50 inoculados por el Dr. Andrés Sanz), Alquezar y sus aldeas (140 inoculados por el Dr. Joseph San Martín), Radiquero (30).

- *Granada* (febrero). Epidemia de viruela maligna mortífera.

1792 *Lérida* (enero). Epidemia maligna que se llevó el tercio de los que la padecieron y muchos de los restantes quedaron lisiados, tuertos, ciegos o con otros accidentes.

- *Tamarite de Litera* (Aragón). El médico titular de la villa, Dr. Jorge Dumas, en vista de que en la ciudad de Lérida tan inmediata, duraba una cruel epidemia y habiendo advertido los felices efectos de la variolización en muchas poblaciones de Rivagorza, Montaña, Somontano y partido de Sobrarbe del mismo reino, comenzó la inoculación, primero en tres niños suyos, y tres niñas de dos colegas. En los meses siguientes, acudieron a inocularse hasta 308 niños y adultos naturales de Tamarite, más otros nueve de la aldea de Altorricón y de la villa de Monzón. No hubo la menor desgracia. Al contrario, mejoró la constitución de muchos niños enclenques. De las 538 criaturas acometidas de viruelas naturales, fallecieron 44 y muchas quedaron con lesiones o desfiguradas (31).

- *Madrid*. El Dr. O'Scanlan inocula las viruelas a 63 criaturas, niños y adultos (desde los tres meses de edad hasta los 22 años), hijos la mayor parte de Consejeros y personas visibles. Todas las pasaron benignas y en contacto con virolentos, no se contagiaron de nuevo. Algunos caquécticos, pálidos y endebles, de resultas de la operación, quedaron fuertes y robustos.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

- *Barbastro.* Además de los 1.155 inoculados por el Dr. N. Abad, ha continuado extendiéndose la práctica de la variolización con otros 278 párvulos o adultos en los pueblos siguientes: Castejón de Puente (76 inoculados), Real Monasterio de San Victorián y lugares inmediatos (24 inoculados por Fr. Antonio Rubiola, maestro cirujano del monasterio), Castilla-Suelo (108), Salas Bajas, Salas Altas, Burcent (178 en total en estos cuatro últimos pueblos, inoculados por el Dr. Joseph Monclus). Sólo fue de lamentar la pérdida de un niño de pecho que falleció a consecuencia de una diarrea colicuativa durante la canícula (32).
  Por certificaciones recibidas por el Dr. Abad, autorizadas por párrocos, alcaldes, escribanos, médicos y cirujanos, consta que hubo 376 inoculados más en los pueblos siguientes, bajo la dirección del Dr. Joseph Otón, médico titular de la villa de Berbegal: Monesma de San Juan (a persuasión de su cura D. Joachín Gombat), Berbegal (70), Fornillos, Permisan, Morilla, Penasque y sus alrededores (162).
  Total general: 3.062 personas (párvulos y adultos).

- El 6 de noviembre, Menós de Llena, por la vía de la primera Secretaría del Estado, dirigió una representación a Carlos IV acompañada de un ejemplar de su *Memoria contra la inoculación* a fin de prohibirse la variolización en España. Entre otros argumentos, recuerda Menós de Llena que «el magnánimo Carlos III, por su sabiduría, prudencia, humanidad, clemencia y amor a la Real Prole, no permitió entrar la inoculación en el Real de su Palacio».

1793 *Madrid.* Epidemia muy mortífera. Dentro de pocos meses más de 4.000 personas fallecen, sin incluir los que mueren en los hospitales. Casi todas las víctimas se hubieran salvado con la inoculación.

- *Cercedilla* (provincia de Guadalajara). El médico de la villa, D. Juan Vicente Saldias y el cirujano Tomás Martínez, previendo la epidemia que amenazaba, inocularon a sus seis hijos (picadura en ambos brazos). Ya en 1779 habían inoculado a otros seis hijos suyos con los mismos resultados satisfactorios. Entonces, convencido de la utilidad del preservativo, el vecindario trajo a sus hijos. En tres días seguidos, ambos facultativos inocularon a 250 individuos (desde la edad de un mes y medio hasta los 26 años). No hubo la más leve desgracia (33).

- *Cadahalso* (prov. de Madrid). Desde octubre de 1792 hasta mediados de enero de 1793, el Dr. D. Juan de Dios Ortiz inoculó en este pueblo a 304 personas de todas edades (desde los tres meses hasta los 24 años), sin preparación alguna, a pesar del frío rigurosísimo que reinaba. La fiebre eruptiva se manifestó con gran variedad de tiempo (del segundo día al caso excepcional del décimosexto). Se aplicó el método O'Scanlan. Todos curados perfectamente (34).

- *Orcajo* (partido de Ocaña). D. Roque Pico, médico titular, viendo los estragos de la epidemia que se manifestó en marzo (de los 27 primeros atacados,

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

perecieron 7 y de los que se salvaron, uno quedó ciego, dos tuertos y los demás desfigurados), decidió poner en práctica la inoculación. Empezó con tres hijos suyos y el acierto fue total. El más joven, de un año, sufría desde la edad de tres meses una úlcera herposa en la parte posterior del cuello que, a raíz de la inoculación, se curó perfectamente. No se le interrumpió el proceso de la dentición y le salieron dos dientes y 4 molares durante la erupción. Inoculó a 25 individuos más (desde la edad de un año hasta los 18) sin el menor percance. Los muchachos salieron divirtiéndose en las calles y los mayores ocupándose en las faenas del campo. De los 544 que padecieron las viruelas naturales en los meses siguientes hasta agosto, sucumbieron 74 (la séptima parte), quedando dos ciegos y cinco tuertos (35).

- *Alcubierre* (reino de Aragón). D. Joaquín Laflor, médico titular de la villa, inocula en los meses de mayo y junio en que reina una epidemia de mala índole, a más de 140 personas (desde los tres meses de edad hasta los 13 años). Da el ejemplo con su propio hijo único para vencer la timidez y los prejuicios de los vecinos. Método O'Scanlan usado (36).

- *Correo literario de Murcia*; Carta al Dr. D. Jayme Menós de Llena, firmada por Juan de Alegre. El supuesto autor evoca la «erudita mollera» de Menós y se burla de él, que sigue siendo enemigo acérrimo de la inoculación. Refiere que escribió al Rey de Prusia para disuadirle de inocular a sus hijos, pero todo había pasado ya con toda felicidad. «En medio de estas andanzas, prosigue el autor irónico, estaba yo practicando la inoculación con éxito superior a mis esperanzas. También la practiqué en Murcia con la misma felicidad que siempre». Y completa su mofa con estos versos:

  Viva el bendito de Llena
  Muera la Inoculación
  Con razón o sin razón
  Sea buena o sea mala.
  Así el gran Menós lo ordena
  Con crítica juiciosa
  Y aunque sea provechosa
  A todo el género humano
  Si es del País Georgiano
  Ha de ser maldita cosa (37).

- *Madrid*. En los tres últimos meses del año 1793, O'Scanlan inocula a 34 niños, muchos de ellos hijos de Consejeros, oficiales de la Secretaría de Estado y de otros personajes condecorados de la Corte, así como de algunos médicos y cirujanos. Todos salieron del todo curados, incluso dos hermanas de edad muy tierna con el cuerpo cubierto de la erupción cutánea llamada *usagre* (38).

- *Vinefar* (Reino de Aragón). Desde principios de 1793 hasta marzo de 1794, bajo la dirección del Dr. Joseph Chic, médico titular de la villa, se han inocu-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

lado 200 personas y en Explux, lugar de su jurisdicción, 60 mozos de 12 a 24 años. No guardaron cama, sino sólo una dieta regular y atemperante. Muchos salieron a la calle, a pesar de lluvias y nieblas, y los adultos siguieron con sus labores en los campos (39).

1794 *Villafeliche* (prov. de Zaragoza). Epidemia. El médico de esta villa, D. Valero Garcés, decide *instaurar la inoculación* en el lugar de Asered. Empieza por sus hijos para quitar todo temor a los padres. A pesar de la resistencia del vecindario opuesto por ignorancia a la operación, logra inocular a 63 párvulos y niños y a 5 de los lugares inmediatos (desde la edad de tres meses hasta la de 13 años). Ninguno se desgració ni quedó deforme o lisiado. Tuvieron pocas viruelas y las pasaron en la calle. De 100 que padecieron las naturales, fallecieron 14 y 5 quedaron con lesión.

1794 *Alarba* (partido de Calatayud, Aragón). D. Joaquín Ballestero, maestro cirujano titular, durante los meses de mayo y junio de 1794, inoculó a 106 personas (desde la edad de dos meses hasta la de 18 años) con una sola incisión. Primero, inoculó a dos hijos suyos para vencer las aprensiones de los vecinos. Salieron todos felizmente, incluso 4 que padecían sarna, de que se quedaron radicalmente curados (40).

- *Garganta la Olla* (obispado de Plasencia). D. Xavier Fernández, cirujano titular de la villa, ejecutó en ella desde mediados de noviembre de 1794 hasta fin de enero de 1795, la inoculación en 75 niños y niñas (desde la edad de tres meses hasta la de 10 años). Todos salieron felizmente, aunque algunos se hallaban con otras enfermedades (dentición, sarna, lombrices, cuartanas, postillas o costras serosas). Fallecieron 22 de viruelas naturales. No obstante los muchos fríos, no se impidió a los inoculados saliesen de sus casas (41).

- *Tarifa*. El cirujano D. Gerónimo Ramos de la Plata ha inoculado desde el año 1772 hasta febrero de 1794 a más de 880 criaturas de todas edades (algunas de un mes). No se deploró ninguna desgracia (método O'Scanlan).

- *Madrid*. O'Scanlan en los meses de septiembre y octubre, inocula a 21 niños y muchachos (desde seis meses de edad hasta 12 años) sin que perezca ninguno. Eran hijos de aristócratas, consejeros, fiscales, cirujanos, etc. Entre ellos, el hijo del peluquero de la duquesa de Alba. Tres no contrajeron las viruelas (2 las habían tenido y el tercero ya había sido inoculado). Prueba de que no suelen repetir.

- *Madrid*. La infanta Doña María Teresa padeció por el mes de noviembre de 1793 viruelas confluentes muy perniciosas de cuyo cruel mal estuvo a la muerte. Quedó con imperfecta parálisis de estómago e intestino. Posteriormente, se le fijó tan vehemente fluxión en los ojos que los perdió ambos, acompañando a este duro mal una suma extenuación que le quitó la vida el 2 de noviembre de 1794.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

1795 *Bullas* (a 10 leguas de Murcia). Marzo (finales). D. Mariano Luxán, cirujano de esta villa ha ejecutado la inoculación durante la epidemia que acaba de cesar en 59 niños de distintas edades. Todos curados perfectamente, no obstante hallarse algunos con sarna, dentición o lombrices. No ha muerto ni uno de los inoculados, pero sí 44 de las viruelas naturales. Otros muchos quedaron defectuosos y disformes. (método O'Scanlan) (42).

- *Villafeliche*. Epidemia en primavera muy maligna. Dr. Valero Garcés llegó a inocular a 221 personas de la villa y 16 de lugares circonvecinos (desde la edad de dos meses hasta la de 18 años). El ejemplo del Administrador y Juez Subdelegado de las Reales Fábricas de pólvora que hizo inocular a sus dos hijos, contribuyó a desterrar el miedo. De los 103 que las tuvieron naturales, murieron 16 y quedaron 6 con lesiones (43).
- *Echalar* (Navarra). La epidemia empezó en noviembre de 1975. *Variolización desconocida en el país*. D. Martín Joseph de Landradoy, cirujano de la villa, emprendió la inoculación. Empezó con 73 personas, logrando un éxito total. Se animaron los vecinos y el número de inoculados llegó a 205 de todas complexiones y edades (desde la de tres meses hasta la de más de 20 años). No guardaron cama ni observaron dieta alguna (44).

1796 *Linares* (reino de Jaén). Epidemia. *Inoculación todavía desconocida*. D. Pedro Andrés Espada, cirujano titular, quiere emprenderla, y merced al apoyo que le prestaron los médicos titulares de la misma villa, D. Domingo Poveda y D. Francisco de la Torre (éste presentó sus hijos a la operación), logró inocular a 70 niños y niñas (desde la edad de un mes hasta la de seis años). Ninguno tuvo malas resultas. Los más pasaron la enfermedad en pie y expuestos al aire, según el método Sutton.

- *San Lorenzo*, 15 de noviembre de 1796. Publicación de las Ordenanzas que S. M. manda observar para el Gobierno y Dirección del Real Colegio de Medicina y su Aulica y Suprema Junta (refrendadas por Manuel Godoy), cap. II: «... Siendo las emanaciones y miasmas que se levantan de los cuerpos en los males decididamente contagiosos, origen fecundo de otros análogos a ellos... habiéndose observado que la *inoculación*, aunque útil a los particulares, al Estado y a la población, esparce con una profusión peligrosa los miasmas variolosos, fomenta y multiplica la viruela natural, *se prohibe absolutamente* que en las estaciones en que no haya epidemias de viruelas en los pueblos y sus barrios, ningún Facultativo médico o cirujano pueda inocular sin dar cuenta a la Junta de Gobierno, la que con acuerdo con la Superioridad, tomará las providencias convenientes, bien para que el inoculador, el inoculado y sus asistentes salgan de la población, bien para que no traten con nadie durante todo el tiempo en que pueda comunicarse el contagio».

  Otra ordenanza del mismo año 1796, estipula que los Reyes han resuelto se ponga la inoculación en práctica en los hospitales, casas de expósitos, de misericordia y demás que dependen de su Real Munificencia. No es de su ánimo obligar a sus vasallos a que sigan este método, pero espera el Rey que se

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

adopte generalmente y disminuyan los desastres que tan comúnmente causa esta calamidad en sus dominios.

3. *Progresos de la variolización en España de 1797 a 1800*

1797 *Almadrones* (provincia de Guadalajara). Las viruelas se manifestaron a principios de enero. D. Isidro Millán y Lucas, cirujano titular, deseoso de precaver estragos, *quiso introducir la inoculación*. Empezó con un hijo suyo recién nacido de 36 días y dos sobrinos de 3 años. Consiguió un buen éxito y varias personas le solicitaron para que inoculase a sus hijos. En enero y febrero, ejecutó la operación en 106 niños y niñas, desde la más tierna edad hasta los 16 años. Cuatro de ellos que estaban débiles y caquécticos, adquirieron una mejor constitución. A un niño de dos meses, no produjo efecto la inoculación. Se la repitió al cabo de 20 días sin el menor resultado. Lo cual prueba la ninguna disposición de aquella naturaleza a padecer viruelas y también (en sentir de dicho facultativo) que este contagio no se comunica natural ni artificialmente sin dicha disposición (45).

- *Añover de Tajo*. Una fuerte epidemia se declara en septiembre. El cirujano de la villa y del Real Sitio de Villamejor, D. Felipe Llorente, inocula a su hija de cinco años y a la del Dr. Manuel Thomás, médico de la misma villa, continuando con párvulos y niños de varias edades (desde un mes hasta los 12 años) y un adulto de 26 años. Todos pasaron las viruelas artificiales con la mayor benignidad. Hizo otro tanto con 54 en la villa de Illescas, 24 en la de Azaña y 5 en la de Borox. De los 350 que fueron acometidos de las naturales sólo en Añover, fallecieron 50, entre ellos 4 de 5 hermanos. Los que salvaron la vida sufrieron penosas consecuencias de la enfermedad (46).

- *Barbastro*. Epidemia. El Dr. N. Abad tuvo que luchar desde un principio contra la fuerte oposición de otro médico para instaurar la inoculación en aquella ciudad. Pero hubo tantas campañas coronadas de éxito en todo el reino que el pueblo se dejó convencer. La inoculación se extendió en Barbastro y sus inmediaciones a modo de inundación. En Ponzano distante dos leguas de Barbastro, bajo la persuasión del párroco, se inocularon más de cien vecinos. En Las Cellas, más de 60.

- *Toboso*. Desde mediados de noviembre, una epidemia de viruelas malignas causa gran mortandad en algunos pueblos de la provincia. D. Joachín Apolinario Fernández, médico revalidado por el Real Protomedicato y titular de la villa, exhorta a sus vecinos a la práctica de la *inoculación todavía inusada*. La ejecuta primero en hijos de las personas principales y a su ejemplo, se extendió en términos de que en dos meses (diciembre-enero de 1798) se inocularon 51, todos con el mayor éxito, según el *método Sutoniano adoptado por O'Scanlan*. En Toboso se inocularon 85 niños que siguieron su convalecencia al aire libre. La variolización se ejecutó en una estación muy fría, con

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

criaturas de cuatro meses y mozos de 17 años, estando algunos de aquéllos cuajando o echando dientes y otros con tiña u otras erupciones cutáneas. Para probar que no recidivan en quien las haya pasado, un hombre de 46 años quiso inocularse (las había tenido en su infancia). No tuvo ni siquiera señal en las incisiones.
En otros pueblos de la comarca, murió la séptima y en algunos la tercera parte de los que padecieron las viruelas naturales (47).

- *Lavio* (Obispado de Oviedo). El cura de la villa, D. Lope Caunedo y Cuenllas, fomentó la inoculación en su feligresía. Los inoculados fueron 35 de distinta edad y todos salieron felizmente.

- *Villanueva de los Infantes* (Obispado de Orense). Epidemia. D, Francisco Macías, cirujano, inocula a 64 niños con todo acierto.

1798 *San Sebastián del Valle* (provincia de Avila). Al cabo de 17 años de quietud, surge una nueva acometida de viruelas. El Dr. Vicente Caña, médico titular, se propone extinguirla como lo había hecho en 1791 en la población de Robledo de Chavela (había convencido a la justicia y a los vecinos principales que se libertarían de tan cruel azote con sólo sacar al primer virolento a bastante distancia del pueblo, lo que se verificó). Lo propio hubiera hecho en San Sebastián del Valle si hubiera encontrado iguales disposiciones en el vecindario. Pero no siendo así, *piensa en la inoculación y la propone* para disminuir los estragos. Inocula primero a sus hijas, pero en la mayor parte del pueblo encuentra una pertinaz resistencia y sólo 21 individuos siguen su ejemplo. Visto por todos que la operación se saldaba por síntomas muy benignos, clamaron entonces por la inoculación. En sólo cuatro días, vinieron a inocularse 300 vecinos, sin que se haya desgraciado uno. De 70 que tuvieron viruelas naturales, sucumbieron 21, contándose algunos padres que se quedaron sin familia (48).

- *La Almedina* (campo de Montiel). *Inoculación desconocida*. Brote de epidemia en la primavera. D. Juan Joachín de Frías, capitán retirado y Regidor perpetuo de la villa, llama en mayo al cirujano de Toboso D. Francisco Raya, para que inocule a sus hijos (un niño de siete años y una niña de ocho meses). Cinco niños más se dejan inocular. Viendo el éxito de la operación, se presentan y se inoculan 76 más, algunos de ellos criaturas de cinco semanas, con igual suerte. Se hubiesen animado todos los del pueblo, a no ser algunas personas poco instruidas que denigraron el método. El capitán Frías, para demostrar la sencillez de la operación, inoculó por su mano a 8 personas. De 74 enfermos de viruelas naturales, perecieron 8 y uno quedó demente (49).

- *Lérida*. Epidemia de viruelas malignas en julio. *Allí no se practica la inoculación, por culpa de la Memoria de Menós de Llena*. En agosto, se enterraban diariamente de 15 a 20 personas y persistió la epidemia hasta mediados de

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

octubre, ganando los pueblos vecinos (Bell Lloch, Artesa, Puigvert, Borjas de Urgel) con igual mortandad.

- *Alfés*, pueblo rodeado del terrible contagio. El médico, D. N. Morlans, con apoyo del párroco D. N. Baldellón, inició la variolización en dos hijos suyos. Causó tanta novedad a la mayor parte de la gente que tomaban al niño inoculado que andaba por las calles, le desnudaban el brazo, haciendo mofa y graduando de demencia la inoculación. Pero el buen éxito de la operación los desengañó y se inocularon unos 40 en dos o tres días. Todos se libertaron sin la menor deformidad (50).

- *Sevilla*. Grave epidemia que se manifiesta en verano. D. Diego Antonio López de Hozal, cirujano que fue de la Real Familia con destino en el cuartel del Real Palacio y primer ayudante honorario de cirujano en los Reales Ejércitos, viendo sus fatales consecuencias, persuade a los vecinos a que se inoculen. Desde el 24 de agosto hasta fines de abril de 1799, inocula a 603 individuos de todas edades (de 8 meses hasta 36 años) y sigue desarrollando su campaña.
  En la villa de *Albayda* (distante tres leguas de Sevilla) cunde la epidemia de viruelas malignas. D. Miguel Herrero, cura párroco de dicha villa, exhorta y estimula a la inoculación y todos los días acuden las madres con sus hijos clamando por ella (51).

- *Alberite* (corregimiento de Logroño). En septiembre, se manifiesta una epidemia de viruelas en la villa de Villamediana, cerca de Alberite. De 169 personas acometidas, perecen 31. D. Felipe Sicilia, vecino de Alberite, recelando que se comunique el contagio por la poca distancia entre los dos pueblos, con acuerdo del médico D. Tiburcio Susaeta y del cirujano D. Thomás Zorzano, determina que se ponga en práctica la inoculación. Los médicos predican con el ejemplo, inoculando a sus hijos (dos niñas y dos niños) y la reacción de los vecinos es inmediatamente favorable: se inoculan hasta 172 niños y jóvenes (desde la edad de 20 días hasta la de 21 años). En la villa de *Ribaflecha*, hubo también 186 criaturas inoculadas (52).

- *Puebla de Almoradier* (Priorato de la orden de Santiago de Uclés). Viruelas malignas en las aldeas inmediatas (de 13 niños enfermos en noviembre de 1798, fallecieron 4 y los demás estuvieron para morir, o quedaron feos y disformes). Compadecido de tantos dramas y recelando el contagio, el médico titular de Puebla de Almoradier exhortó a los padres a la variolización. Unos se animaron y el éxito de estas primeras experiencias hizo que otros la aceptaron a su vez y así se venció la general repugnancia hacia esta operación que nunca habían visto. Se inocularon hasta 415 niños y mozos de distintas edades (de 8 días hasta los 20 años), sin malas resultas a pesar de un tiempo inconstante y frío y de niños enfermos con la dentición, diarreas o erupciones cutáneas. No precedió preparación alguna. Sólo observaron los inoculandos una dieta regular y un régimen atemperante y no guarda-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

ron cama. El cirujano D. Juan de la Mata Fernández Gallego, practicó la variolización con mucha destreza (53).

1799 *La Granja de Escarpe* (Corregimiento de Lérida). Epidemia. *Variolización desconocida*. El Dr. Antonio Román, médico de la villa y del Real Monasterio de Escarpe, exhorta al pueblo a que se inocule. Practica la operación con diez niños que pasaron las viruelas artificiales con toda felicidad. Entonces, el pueblo abandonó su actitud hostil y 138 personas se dejaron inocular. No hubo recaídas ni malas resultas. El Dr. no usó ninguna preparación, sólo en unos inoculandos, prescribió agua natural alterada con unos granos de sulfato de potasa. El cirujano del monasterio, Fr. Luis Apellaniz, le ayudó y ejecutó la operación con la mayor destreza. Vino a hacerse tan vulgar la inoculación que las madres la practicaban ellas mismas. De 70 individuos que padecieron las viruelas naturales, murieron 16 y 4 quedaron con vicios incurables en los ojos (54).

- *Moraleja* (Obispado de Zamora). Epidemia que se manifiesta en la primavera. D. Juan Antonio Rivero Villafuerte, cirujano titular e individuo de la Real Academia de Valladolid, prosigue las inoculaciones empezadas en 1798. Desde mediados de abril hasta fin de junio de 1799, inoculó en aquel pueblo y otros de sus cercanías a 140 párvulos y en Zamora 18. Todos se recuperaron perfectamente. El cirujano siguió el método y la doctrina Brownoniana (55).

- *Vizmanos* (Jurisdicción de Yanguas). Epidemia de viruelas confluentes en diciembre de 1798. *Hasta la fecha, no se había usado la inoculación*. D. Juan López, médico titular del partido de Bretún, exhortó a los vecinos a que se inoculasen. Los más sensatos aceptaron, pero subsistía una fuerte oposición en los demás del pueblo. Inició la variolización con 24 individuos de todas edades que se restablecieron sin guardar cama. Entonces los rebeldes depusieron su resistencia y pusilanimidad y el número de nuevos inoculados llegó a 90. Prosiguió las inoculaciones en Bretún con dos hijos suyos y 38 personas, en el lugar de Berguizas con 50 y en Ledrado con 20. Aplicó para los inoculandos el régimen atemperante y la dieta vegetal preconizados por el Barón Dimsdale (56).

1800 *Cantoria* (Diócesis de Almería). Epidemia en la que perecían muchos de los que la padecían. D. Francisco Mateo de Ortega, médico de número de los Reales Ejércitos y titular de la villa, inoculó a 8 niños (de la edad de 10 meses hasta la de 5 años). Muchos padres manifestaban recelo y hasta repugnancia. Pero al fin quedaron convencidos de la seguridad y ventaja de la inoculación (57).

Las provincias insulares fueron, dice Antonio Rumeu de Armas, de las primeras en practicar la inoculación. Cita en las islas Canarias al

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

Dr. D. N. Perdomo y en las islas Baleares al Dr. D Cristóbal Carrió, natural de Palma.

En las provincias de América y particularmente en Popayán del Nuevo Reino de Nueva Granada, se puso en uso la inoculación desde 1746 por lo menos. A falta de médicos, la difundió D. Joseph Hidalgo, que, a pesar de no ser facultativo, se dedicó a ella por afición y con el mayor éxito. En una carta dirigida al *Semanario de Agricultura y Artes* (58) D. Joseph Celestino Mutis, residente en Santa Fe de Bogotá, confirma que tan importantísima práctica se ha hecho general en el nuevo Reino de Granada. Los redactores del *Semanario* comentan en estos términos la información: «... Parece que hasta los Indios se saben aprovechar de las luces del siglo, mejor que muchos europeos tímidos, preocupados e ignorantes que aunque los maten, no harán jamás lo que no hicieron sus padres». Y afianzando su propia adhesión, se declaran «convencidos de la necesidad de la inoculación como que el sol alumbra al mediodía».

Otra carta de gran interés mandada a Jovellanos desde Durango (Méjico) por D. Bernardo Bonavía, gobernador intendente, y fechada en 10 de septiembre de 1798, expone todas las providencias que adoptó para cortar la terrible epidemia que se había introducido en aquel reino. Sólo había dos médicos, uno en Durango y otro en Chihuahua, ciudades distantes 160 leguas la una de la otra. La inoculación hasta la fecha no se había puesto en práctica. El Gobernador, respaldado por el Ayuntamiento y el Cabildo eclesiástico, decidió emprenderla. Destinó un regidor a cada cuartel de la ciudad, encargado de formar un padrón de los enfermos y de los que deseaban inocularse. Fundó dos hospitales para los virolentos y los inoculandos, a expensas ambos del Ayuntamiento. El Cabildo y el obispo pusieron otro centro de inoculación y un vecino hizo otro tanto en el pueblo indio de Analco, en un arrabal de Durango. Más tarde, se reservó un edificio para la convalecencia de los inoculandos.

Los que querían inocularse eran 1.303, número tan crecido que no se podía pensar en separarlos del vecindario. Empezó pues la campaña de variolización en las familias principales con todos sus miembros y criados y luego se extendió a todo el caserío con resultados excelentes. El único facultativo y el Rdo. Prior del Hospital de San Juan de Dios llevaron a cabo aquella magna empresa. Otro médico del Colegio de Cirujanos de Barcelona, D. Cayetano Muns, intervino también en la campaña. Así, en breve espacio, se inocularon 3.824 personas. «Lo practicado en esta ciudad, dice el Comandante Gobernador, es la mayor prueba que se ha hecho jamás de la bondad de la inoculación». Se repartieron limosnas a los pobres para que

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

inoculasen a sus hijos. El conde del Valle de Suchil, a pesar de no ser vecino de la ciudad, dio cuantiosas cantidades de dinero y su hermana costeó la mayor parte del hospital de convalecencia. Las buenas voluntades y los esfuerzos aunados de los individuos del Ayuntamiento, del clero, de los regidores y de varios particulares facilitaron el éxito de aquel vasto programa de variolización.

Durante la epidemia, hubo 476 personas atacadas de viruelas naturales, de las cuales fallecieron 63. Entre los inoculados que ya padecían viruelas, murieron 39. Una fiesta solemne se celebró en la iglesia catedral para dar gracias a Dios por haber librado a la ciudad del cruel azote (59).

Conclusión

Los ejemplos concretos de la adopción de la inoculación que quedan referidos, demuestran que España después de vacilar varios decenios, no desechó ni prohibió la inoculación en sus territorios y dejó que se difundiese en casi todas las provincias. No anduvo en Europa más rezagada que Francia, Italia o Prusia en su aplicación y un gran número de médicos modestos o cirujanos la fomentaron sin encontrar trabas ni ser amenazados de castigo por parte del gobierno.

La inoculación siempre chocó con oposiciones a lo largo del XVIII. Sus partidarios anhelaban verla generalizada porque la razón les decía que era el único medio conocido de precaver o detener las epidemias, pero a finales de la centuria, el método seguía inaplicado en muchos puntos de la península y hasta en ciudades importantes y su penetración resultaba pues muy imperfecta.

La resistencia del pueblo, rutinario, fatalista, pusilánime y receloso con la «novedad» venida de Oriente, explica sólo en parte aquel semifracaso. Es verdad que los inoculadores tuvieron a menudo que predicar con el ejemplo y hacer los primeros ensayos de la operación con sus propios hijos para vencer prejuicios y falsas creencias. El público seguía con suma atención y desconfianza los resultados conseguidos, pero reaccionaba favorablemente tras el éxito comprobado. A veces, eran avalanchas de niños y personas mayores las que se ofrecían a la experiencia en los días inmediatos. El papel de los médicos y cirujanos fue determinante en muchísimas ciudades, villas y pueblos, y dado el número considerable de inoculados, los accidentes ocurridos fueron contadísimos, por no decir inexistentes (uno de 3.000 inoculados). Verdad es también que cada vez

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

que había que lamentar una defunción o una recaída, clamaban los detractores, se amilanaba el público y sufrían un severo frenazo las campañas de variolización.

Así, a trompicones, progresó la inoculación de las viruelas en España y allí, como en los demás países de Europa, no fue nunca generalizada. ¿Por qué, si era un hallazgo precioso en favor de la humanidad? Por razones múltiples. La resistencia del pueblo era fácil de contrarrestar y cedía ante los resultados benéficos del experimento. Pero, vencer la resistencia y hasta oposición de muchas lumbreras médicas del tiempo y del Estado, resultó más laborioso.

Paul Guinard en sus *Notas sobre la inoculación de las viruelas* (60), refiere varios episodios reveladores del estado de ánimo que reinaba en las altas esferas. En 1757, la traducción por Rafael Osorio de la célebre *Memoria* de La Condamine se vio rechazada por el Censor y el Protomedicato y se prohibió su publicación «por tener la práctica de este remedio por perjudicial a la salud pública». En 1768, la *Disertación sobre la inoculación de las viruelas* del Dr. Francisco Rubio chocó con los mismos obstáculos. La obra no recibió el visto bueno del Consejo ni del Protomedicato que sentenciaron no hallar motivo ni razón que pudiese merecer su aprobación. Reconociendo sin embargo el protomedicato que se trataba de un asunto grave que concernía a toda Europa y podía contribuir a la conservación de «prodigioso número de individuos», justificó su rechazo alegando que para autorizar tal práctica, habría que rodearse de mil precauciones y cautelas, determinar lugares específicos para la operación, exigir del operador juicio y pericia, todo un conjunto de reglas que no señalaba el escrito. Imprimirlo equivalía pues, a correr el riesgo de ver toda clase de personas ignorantes atreverse a inocular, por lo sencillo que parecía. Rubio no se desanimó, insistió en su súplica, presentando una información judicial que atestiguaba que en la serranía de Buitrago, 240 inoculados se habían librado del contagio de viruelas malignas con aquel procedimiento y recalcando que había compuesto su disertación «para beneficio del público». El Consejo de Castilla examinó de nuevo el escrito y uno de los fiscales abogó en favor de la impresión, subrayando las numerosas experiencias coronadas de éxito ya practicadas en Europa. La licencia de imprimir se concedió el 9 de junio de 1769. La misma actitud de resistencia manifestó el Protomedicato con la *Historia de la inoculación de las viruelas* de Manuel Santos Rubín de Celis, dirigida en una carta a un amigo suyo. El primer informe de 1772 se

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

opuso a la publicación, pero el 27 de enero de 1772, el Consejo optó por otorgar la licencia.

Ya en un informe fechado en 24 de julio de 1757, el Dr. Andrés Piquer, a nombre del Tribunal del Protomedicato y por encargo del Consejo Supremo de Castilla, había dado su parecer sobre el uso de la inoculación. Su opinión resume perfectamente la de los más eminentes médicos: mitigada, vacilante y prudente, pero no opuesta del todo. Su argumentación va dividida en varias resoluciones. Considera que la inoculación como remedio preservativo generalizado, no conviene que se ejecute. La inoculación, dice, produce un daño cierto y el mal que pretende precaver es incierto, dudoso. No ofrece una seguridad absoluta y por eso tiene muchos detractores. Es una novedad que procede del extranjero y hay que estar a la mira y observar sus éxitos repetidos para resolverse a tenerla por segura. En casos de filosofía y medicina, la prudencia y la tardanza son muy útiles y la sobrada precipitación muy peligrosa. Pero, la inoculación de viruelas en tiempo de epidemia maligna y pestilente puede ser un remedio precautorio de mucha utilidad. En epidemias de semejante índole, mueren casi todos los enfermos y si unos se salvan es porque las tuvieron benignas o discretas. La experiencia demuestra que la inoculación produce benignidad de viruelas y puede salvar muchas vidas en tiempo de epidemia, ya que la medicina no alcanza otro preservativo en aquella cruel dolencia. En conclusión, recomienda Piquer no desechar el uso de la inoculación en circunstancias determinadas, si no, se abandonarán millares de enfermos que perecerán irremisiblemente (61).

Con el transcurso de los años, la inoculación se reveló ser arma de doble filo. Por cierto, el inoculado, excepto casos contadísimos, se salvaba y decenas de millares de individuos, niños y adultos, se aprovecharon en España de aquella profilaxis. Pero las viruelas artificiales eran contagiosas y a veces funestas para aquellos a quienes se pegaban. No todos los países, ni siquiera los inoculadores entendieron desde un principio que un inoculado en libertad era un nuevo foco de pestilencia que podía contaminar a cuantos se le rozaban. Ciertas naciones europeas se percataron rápidamente del gran riesgo al que exponían al pueblo y adoptaron las medidas que neutralizaban aquellas malas consecuencias, creando centros de inoculación de donde salían los inoculados curados y no contagiosos para dejar sitio a otros inoculandos. Pero no todas actuaron así. En España, como en otros sitios, se cometieron errores y fallos. Los inoculadores recomendaban no guardar cama, salir al aire libre y fresco que por su acción tónica, aumentaría la acción vital. Los inoculados, hom-

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

bres, mujeres o niños seguían con sus faenas, quehaceres o juegos, paseaban por las calles y los campos, llevaban una vida normal y sembraban por doquier el germen de la dolencia. El error garrafal fue dejarlos ir y venir a su antojo en vez de confinarlos en un lugar determinado hasta su completa curación, lejos de las ciudades y pueblos. Avenzoar preconizaba ya el aislamiento de los virolentos. D. Francisco Gil, cirujano del Real Sitio de San Lorenzo y de la Real Familia opinaba que convenía tratar a los virolentos con las mismas cautelas que los apestados, por la secuestración y la más severa incomunicación. Recordaba que la lepra sólo se pudo combatir eficazmente multiplicando los lazaretos que acogían a los infectados.

Por esta falta de precaución elemental, se burlaron los justos y benéficos designios de la inoculación. Las viruelas crecieron en proporciones alarmantes, triste resultado de los esfuerzos emprendidos para erradicarlas. Los antiinoculadores clamaban contra la recrudescencia de las epidemias que se hacían cada vez más habituales, diseminadas por los inoculados. Y tenían toda la razón. D. Antonio Pérez de Escobar en su *Historia de todos los contagios* acusa a los inoculadores de haber difundido y malignado el contagio. Efectos de bumerang hubo en todas partes. Habiendo hecho inocular la Emperatriz de Austria a muchos niños en su palacio de Viena, se propagó la enfermedad en un arrabal de la ciudad. En 1777 en Aubonne (cantón de Berne), la inoculación multiplicó las viruelas hasta tal punto que los magistrados publicaron un reglamento de policía que prohibía practicar ninguna inoculación de viruelas, sarampión u otras enfermedades semejantes e imponía el aislamiento total del enfermo. El Profesor Gardanne (62) vitupera en Francia contra la falta de cuidados para evitar el contagio que esparcen en torno suyo los inoculados. Sugiere que las autoridades municipales formen reglamentos rigurosos para luchar contra horribles abusos, prohibiendo que se paseen por lugares públicos niños todavía cubiertos de postillas o que se admitan en las pensiones o colegios. Quiere que se limpie aparte la ropa de los virolentos, inoculados o no, y se «perfume» con ginebra, salvia o vinagre.

El Barón Dimsdale reconoce que desde que se halla difundida la inoculación, ha crecido notablemente el número de virolentos naturales y se ha aumentado el número de muertos. En vez de uno a ocho, la proporción ahora es de uno a seis. Recomienda guardar la debida separación entre inoculados y sanos, prohibir a los inoculados salir por las calles o usar de coches de alquiler y quiere que se purifiquen ropa y muebles del enfermo, después de pasada la indisposición. Es preciso, añade, que sólo

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

inoculen los Profesores autorizados por el gobierno en lugares especiales a cuantos no hayan pasado las viruelas naturales y de una sola vez. Cuenta que él mismo con la ayuda de sus dos hijos y otro médico, hizo la operación en un solo día a todo el vecindario de un pueblo y esperó tres semanas antes de soltar a los inoculados entre los demás. Afirma que este método se practicó con todo acierto en Hertford, ciudad bastante grande y poblada (63).

Un sondeo efectuado en los libros de Juntas de la Academia médica matritense de 1792 a 1799 revela también la proliferación de la enfermedad y su presencia constante en la capital a lo largo de los años, al mismo tiempo que se puntualiza que «funciona la inoculación con buen éxito».

De todos estos efectos contraproducentes, no tenía la culpa la inoculación de comprobada eficacia para salvar millones de vidas, sino las vacilaciones culpables y la carencia de decisión de los gobiernos que no supieron evitar por disposiciones drásticas nuevas hecatombes. Hasta en las naciones que practicaban desde hacía siglos la variolización y eran focos predilectos de la pestilencia, la inoculación no logró erradicar el azote. En la India, una pandemia provoca en 1770 la muerte de tres millones de individuos. En 1785, se cuentan más de cien mil víctimas en la ciudad de Constantinopla y sus arrabales. Al año siguiente, el contagio gana el serrallo y sucumbe casi toda la descendencia del sultán. En 1791, en Esmirna, una tremenda epidemia de viruelas malignas arrebata en poco tiempo a 20.000 criaturas de distintas naciones.

Por todas las razones señaladas, siguieron las viruelas asolando las naciones y la inoculación no dio los resultados esperados.

Otras dos razones explican por qué no se generalizó la variolización en España ni tampoco en los demás países europeos. El edificante ejemplo de Durango no podía repetirse a escala nacional. Faltaban las infraestructuras necesarias: hospitales o casas especializadas para toda la población, personal médico suficiente para llevar las campañas hasta las más humildes aldeas. Hubiera sido preciso formar estados de los enfermos y de los que no habían pasado las viruelas en cada época de epidemias, ejercer una vigilancia permanente y estricta. Semejante sistematización resultaba imposible. Además, y tal vez sea ésta la razón primordial, la inoculación era una operación extremadamente fácil y sencilla. La podía efectuar cualquier persona, hasta la más torpe e ignorante, clandestinamente, en todas partes, en todo momento. Y no olvidemos el papel nefasto de charlatanes entrometidos a inoculadores que

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

por su impericia, contribuyeron a la propagación del contagio. ¿Cómo entonces controlarlo todo?

Aunque destronada por la vacuna de Jenner (que fue primero inoculador y por esta vía, descubrió el *cow pox* la inoculación contó siempre con partidarios inquebrantables. En Inglaterra, se usaba todavía en 1841, año en que un decreto del Parlamento la proscribió terminantemente. El Dr. Trousseau en su *Clínica médica del Hôtel Dieu de París* (64) cuenta que él mismo, en situaciones excepcionales, recurrió a aquel preservativo en los hospitales Necker y Hôtel Dieu, cuando «faltando la vacuna, corrían gran riesgo de contagio unos cien niños».

La inoculación de las viruelas no trajo ningún progreso comparable con el descubrimiento de Jenner. Entre 1800 y 1805, período en que se difundió la vacuna, la mortalidad variólica bajó de forma extraordinaria y espectacular en Europa.

A su vez, la inoculación del *cow pox* al hombre tuvo sus impugnadores, los vacunófobos, que contestaron sus ventajas. También hubo violentas reacciones de oposición por parte de celebridades médicas que juzgaban criminal la introducción en el organismo humano de un producto procedente de animales, porque podía provocar una «animalización o brutalización» del hombre creado por Dios como su obra más perfecta. La victoria de la vacuna no se alcanzó rápida ni uniformemente. Cuando empezó la erradicación sistemática, las viruelas provocaban aún muchos estragos en el mundo. Se ha estimado que durante el sólo año de 1867, diez millones de personas sufrieron sus embestidas, dos millones de las cuales fallecieron. Durante la guerra de 1870, una terrible epidemia de viruela diezmó las tropas francesas. En unos combates de retaguardia de consecuencias desastrosas, perecieron 23.500 soldados franceses, mientras que las tropas prusianas quedaron inmunes en su gran mayoría. Sólo a finales del siglo XIX, se logró dominar y vencer el azote.

Hoy, el espectro de la viruela ha desaparecido. El 8 de mayo de 1980, la Organización Mundial de la Salud proclamó la erradicación total de la enfermedad. Pero, actualmente, subsisten unos focos de pestilencia en nuestro planeta y por las comunicaciones fácilmente establecidas de un país a otro, a veces sin las precauciones sanitarias debidas, aquellos focos podrían desencadenar nuevos ataques de la «hidra voraz». ¡Ojalá no ocurra!

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

NOTAS

(1) RULLIER, R., *Abreégé de l'histoire de la médecine*, París, Masson.

(2) *Serpentaria* (de Virginia): planta muy alabada por su eficacia en la curación de calenturas intermitentes, adinámicas y atáxicas. SYDENHAM, PRINGLE, HILLARY, CULLEN recomiendan su uso cuando el estupor es considerable o en casos de delirio y de tendencia a la gangrena. Es un antiséptico potente.

(3) *Ipecacuana*: raíz que procede de Brasil, cuyas virtudes se han exaltado mucho. Conocida en Europa a mediados del siglo XVII y usada sobre todo para flujos de vientre. Pertenece al género de las violetas. Se prescribe como emético para evacuar las primeras vías y excita el vómito. Combinada con opio, forma los famosos polvos de Dower muy eficaces como sudoríficos.

(4) La *Gaceta de Madrid* refiere dos casos extraordinarios sucedidos en Granada y en Orense.

Los médicos granadinos D. JOSEPH GUILLÉN y D. JOSEPH CAYETANO DEL CASTILLO certifican haber asistido a un niño de 7 a 8 años en una enfermedad de viruelas tan malignas que por ellas se le gangrenó y cayó toda la lengua. Restablecido, no obstante esto, habla con claridad y para comer, muda con un dedo los bocados de un lado a otro (6-XII-1774).

En Orense, un hombre de 65 años que a los 7 u 8 años tuvo viruelas naturales, se quedó sin muelas ni dientes, ni lengua ni galillo. Sin embargo, habla, come y bebe. Está casado y con familia. (7-IX-1802).

(5) En 1553, unos refugiados chinos introdujeron en Japón la técnica de variolización empírica que desde el siglo XI se usaba en su tierra para evitar las formas graves de la enfermedad.

(6) GATTI, ANGELO (1730-1798). Médico toscano, Profesor de medicina de la universidad de Pisa, afincado durante años en Francia. Fue uno de los inoculadores más famosos de su tiempo. Para sus operaciones, no exigía ninguna prevención, ningún remedio. Sólo preconizaba paseos al aire libre a sus pacientes inoculados.

Practicó sobre todo en Francia e Italia.

(7) RUMEU DE ARMAS, A. (1940), *La inoculación y la vacunación antivariólica en España*, Valencia, p. 17.

(8) El cirujano de Jadraque lo comunicó en una nota al duque del Infantado y por mediación del embajador español en Londres, Príncipe de Maserano, la noticia se transmitió al Dr. Pringle, Presidente de la Real Sociedad de Londres para que la leyese en sus juntas. Por su parte, el duque del Infantado había llevado su propia encuesta entre los vecinos más viejos del pueblo. Lo refiere O'SCANLAN en su *Práctica moderna de la inoculación*, publicada en 1784.

(9) RUMEU DE ARMAS, *ob. cit.*, p. 18.

(10) Véase Arch. Academia Medicina de Madrid, *Memorias en concurso*, (1737-1787).

(11) *Ibidem*, Papeles diversos.

(12) *Gaceta de Madrid* (17-XII-1771). O'SCANLAN será «el verdadero paladín de la variolización en España», como dice Rumeu de Armas y casi todos los inoculadores aplicarán su método aprendido de Sutton.

(13) Los Sutton o Suttones eran dos: el padre Roberto y su hijo Daniel. Fueron de los primerísimos inoculadores ingleses y gozaron de gran fama. Hacían una ligera incisión en

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

el brazo para introducir la linfa variólica. Pretendían detener secretos (que no querían revelar) en ciertas preparaciones que explicaban sus constantes éxitos.

Pero el Profesor francés Gardanne disipó el misterio y se supo entonces que las aludidas preparaciones eran panemas de ninguna utilidad.

(14) Llamada también *Proceso de la inoculación*, Barcelona, Fernando Generes, en 4.°

(15) SALVA Y CAMPILLO (Francisco) nació en Barcelona en 1751. Era hijo de un médico del hospital. Fue un niño muy precoz y cursó estudios muy lúcidos. Falleció en 1828.

(16) Véase Arch. Acad. Medicina Madrid, *Papeles diversos* (1765-1797).

(17) *Gaceta de Madrid* (14-V-1782).

(18) *Ibidem* (9-V-1783).

(19) *Ibidem* (22-X-1784).

(20) *Ibidem* (19-VII-1785). *La Gaceta* no proporciona el número de inoculados.

(21) *Ibidem* (29-IV-1785).

(22) *Ibidem* (3-VI-1785).

(23) *Ibidem* (29-VII-1785).

(24) *Ibidem* (9-IX-1785).

(25) *Ibidem* (28-VIII-1787).

(26) Unos años antes, para probar la eficacia de semejante operación hasta en los animales, el vicario de la villa, D. Antonio Santo, había hecho inocular un rebaño entero de ovejas con notorio éxito.

(27) *Gaceta de Madrid* (1 de junio de 1790).

(28) *Ibidem* (marzo de 1791).

(29) *Ibidem* (26-IV-1791).

(30) *Ibidem* (20-IX-1791 y 22-V-1792).

(31) *Ibidem* (7-VIII-1792).

(32) *Ibidem* (20-IX-1792).

(33) *Ibidem* (5-VII-1793).

(34) *Ibidem* (19-IV-1793).

(35) *Ibidem* (10-X-1794).

(36) *Ibidem* (10-VII-1794).

(37) *Correo literario de Murcia*, Murcia, viuda de Felipe Teruel, tomo III (mayo-agosto de 1793), pp. 285-288.

(38) *Usagre*: erupción pustulosa, seguida de costras, que se presenta ordinariamente en la cara y alrededor de las orejas durante la primera dentición.

(39) *Gaceta de Madrid* (6-V-1794).

(40) *Ibidem* (23-IX-1794).

(41) *Ibidem* (17-IV-1795).

(42) *Ibidem* (9-I-1795).

(43) *Ibidem* (29-V-1795).

(44) *Ibidem* (5-VII-1796).

(45) *Ibidem* (9-V-1797).

(46) *Ibidem* (20-III-1798).

(47) *Ibidem* (13-II-1798).

(48) *Ibidem* (15-XII-1798).

(49) *Ibidem* (19-II-1799).

(50) *Semanario de Agricultura y Artes*, t. III, 1798, pp. 44-48. Carta de Lérida.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es

(51) *Gaceta de Madrid*, junio de 1799.
(52) *Ibidem* (3-IX-1799).
(53) *Ibidem* (13-XII-1799).
(54) *Ibidem* (7-V-1799).
(55) *Ibidem* (19-VII-1799).
(56) *Ibidem* (1.º de enero de 1799).
(57) No se sabe cuántos individuos se inocularon.
(58) Tomo II, p. 305.
(59) Véase Arch. Acad. Medicina Madrid, carpeta 11, *Papeles diversos* (1798-1815).
(60) GUINARD, P (1966), «Notes sur l'inoculation de la variole en Espagne au XVIII siècle» en *Mélanges à la mémoire de Sarrailh*, París, pp. 413-424.
(61) Véase Estudio de la vida y obra del médico del siglo XVIII Andrés Piquer por JOSÉ SARACIBAR y NARCISO RODRÍGUEZ PINO, en *Trabajos de la cátedra*, t. V., pp. 107-147.
Este juicio del insigne y clarividente académico A. Piquer, sólo se acató en 1796 (o sea 39 años más tarde) cuando Carlos IV promulgó el decreto que autorizó la inoculación de la viruela en períodos de epidemia. ¡Ya era tiempo! El 14 de mayo de aquel mismo año, Jenner, tras repetidos ensayos en años anteriores, practicó la primera vacunación antivariólica oficial.
(62) GARDANNE, (Jean-Joseph), Doctor regente de la Facultad de medicina de París y Censor real, individuo de varias Sociedades de Ciencias, publicó en París una *Gaceta de Salud* (1773-75) en dos tomos en 4.º
(63) DIMSDALE, (Barón Tomás), individuo de la Real Sociedad de Londres, fue consejero de Estado y primer médico de la Emperatriz de Rusia, Catalina II.
(64) TROUSSEAU, A. (1861), *Clínica médica del Hôtel Dieu de París*, París, J. B. Baillière et Fils, tomo I, cap. IV, Inoculación variólica, pp. 87-92.

(c) Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Licencia Creative Commons
Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
http://asclepio.revistas.csic.es